**El Espíritu Santo y Monseñor Romero: cada uno “Padre de los pobres”.**

**Luis Van de Velde. Comunidades Eclesiales de base.**

Hace 4 años, unos días después de la beatificación de Monseñor Romero, escribí una reflexión sobre ese título que el Papa Francisco había dado al Beato Romero: Padre de los pobres. Hoy, ya acercándonos a la fiesta de Pentecostés, ese nombre sigue dando vuelta en mi meditación y oración.

Es bueno recordar que desde el inicio del siglo XIII la Iglesia Católica Romana llama al Espíritu Santo "Padre de los Pobres". Ese nombre aparece en la segunda estrofa de la secuencia de la misa del día de Pentecostés. *Veni, Sancte Spritus - Veni, pater pauperum*. **Ven, Espíritu Santo. Ven, Padre de los pobres.**

Entendamos bien. No dice Padre de todos los hombres y todas las mujeres, sino Padre de las y los “pobres”. El evangelio de la comunidad de Juan testimonia que al despedirse de los suyos Jesús les dijo: "Así́ como el Padre me envió́ a mí, así́ yo los envío a ustedes. Dicho esto, sopló sobre ellos: "Reciban el Espíritu Santo". (Jn 20,22). Desde el siglo XIII en la Iglesia se ha profesado en cada fiesta de Pentecostés que Jesús sopló sobre nosotros y nos envió el Espíritu santo, Padre de los pobres. Parece que la tradición de la Iglesia ha entendido que Dios quiere ser padre de todos y todas **a través de su presencia como Padre de los pobres, el Espíritu Santo.**

Así, junto con las y los empobrecidos podemos pedirle al Espíritu Santo los dones, las capacidades, las fuerzas, las energías para enfrentarnos con la vida, para luchar por la vida, para transformar la vida. Las y los pobres no están solos. El Espíritu Santo es su “Padre”. Al dirigirnos al Espíritu cantando “ven, dador de dones, Ven, luz de los corazones” tenemos que recordar que nos dirigimos al Padre de las y los pobres. Jesús dijo: “Felices los pobres”, ya que el Espíritu Santo es su Padre.

Ahora bien, este Espíritu Santo, Padre de los pobres, ha estado presente plenamente en Monseñor Romero. En su palabra, en su testimonio, en su acción descubrimos – hoy más que ayer – que Monseñor ha sido Padre de los pobres, es decir, presencia del Espíritu Santo en nuestro pueblo y nuestra Iglesia.

Mucha gente pobre, empobrecida, herida, excluida buscaba a Monseñor Romero. Sabían que iban a encontrarse con su padre que iba a escucharlos y a darle voz a sus gritos de angustia. No pocas veces Monseñor salía de ciertas reuniones en el arzobispado para escuchar a “su gente pobre”. Podemos imaginarnos como su corazón debe haber llorado al escuchar el sufrimiento de esas familias de asesinados y desaparecidos. Así no es de extrañar que también hoy mucha gente pobre se acerca a San Oscar Romero llorándole sus sufrimientos, en búsqueda de un Padre que escucha. En no pocas casitas de familias pobres encontramos su foto pegado en la pared, imagen del Padre de los pobres.

Pero el Papa Francisco nos pide más: reconocer que el Espíritu Santo, Padre de los pobres, ha estado plenamente presente en la vida y el ministerio episcopal de Monseñor Romero. No puede ser ninguna casualidad que el Papa haya escogido también ese nombre para el Beato Oscar Romero. Esto nos da a entender que el mensaje de Monseñor Romero sigue siendo hoy para nosotros voz del Espíritu Santo. Sus homilías, sus cartas pastorales, su síntesis en su discurso en Lovaina, y otros documentos que nos ha dejado, siguen siendo la voz del Espíritu Santo, Padre de los Pobres, que quiere guiarnos en esta historia.

Pronto celebraremos nuevamente la gran fiesta de la Iglesia: Pentecostés, la fiesta del Espíritu que Jesús había prometido. Para que podamos abrirnos a la luz, la fuerza, la energía del Espíritu Santo, debemos empezar a portarnos como “padre /madre de las y los pobres”, así como Monseñor Romero lo ha sido. No desde posiciones paternalistas o desde arriba. Es una misión entre las y los mismos pobres. Es una conversión constante de quienes aportamos en el trabajo pastoral de la Iglesia.

En nuestra oración pentecostal podemos pedirle humildemente al Espíritu Santo, Padre de los pobres, que nos ilumine para ir al encuentro de familias (más) pobres (que las nuestras). El será la Luz en el camino. Nos hará dóciles y humildes para escuchar su sufrimiento y cargar juntos su cruz. En ese camino nos encontraremos con Monseñor Romero, Padre de los pobres. El dará pautas para nuestra lucha común por una sociedad justa, nueva, fraterna y paz. No tengamos miedo.